

SEÑALES PUNTUALES

LA ZARZA DE MOISÉS

Pedro J. de la Peña

XVIII Premio Nacional de Poesía “José Hierro”

Editado por el Ayuntamiento y la Universidad Popular “José Hierro” de San Sebastián de los Reyes (Madrid), 2007. Págs. 104

Por Carlos Benítez Villodres

Dice William Blake que “la eternidad está enamorada de los frutos del tiempo”. Esa misma idea es la que late en los poemas de “La zarza de Moisés”. Creaciones poéticas compuestas por versos que llevan en su sangre la impronta de lo efímero-eterno, es decir, estos poemas de Pedro J. de la Peña revelan al lector el orbe interno del autor, lo positivo y lo negativo que hay en los adentros de cualquier ser humano, los espacios y las características del *modus vivendi* de nuestra sociedad actual, seguido todo ello por la admiración, por parte del poeta cántabro, de la esencia de una serie de voces poéticas e inmortales que vivieron durante décadas pretéritas. Por consiguiente, cada uno de los poemas transporta en su savia sustancias puras de percepciones, metafísica y psicagogía. “La poesía, manifiesta Ethel Krauze, más que conocimiento del mundo es experiencia entrañable, anímica, una manera de concebir la estancia fugaz del hombre en el mundo”.

En definitiva, nuestro poeta, aunque también practique el exteriorismo, se vale fundamentalmente del interiorismo como ideal estético en busca de imágenes eternas. El interiorismo ha existido a través de la historia en poetas de la dimensión de San Agustín, Rainer María Rilke, San Juan de la Cruz, Francisco Matos Paoli, Manuel del Cabral, Octavio Paz, Jorge Luis Borges y otros notables poetas. De lo anterior se desprende que la poética interior es una tendencia que presenta una propuesta estética bien definida y diferenciada de otras corrientes, que ha generado una nueva sensibilidad en la expresión artística y literaria mediante el cultivo de la mística y de la metafísica, en definitiva, de la psiquepoética.

Adentrarse, pues, en la poesía de Pedro J. de la Peña es verlo a él cómo vive y siente, y cómo observa y percibe, más allá de una mera identificación de palabras e ideas, de músicas e imágenes..., a la sociedad con la que camina. Pedro J. nos muestra su percepción de su yo, del mundo y de la vida de la manera más auténtica y genuina. Por estas causas, cuando leemos a Pedro J. de la Peña, sentimos, en nuestro interior, múltiples y variadas apreciaciones fotográficas de la voz única y edificante del poeta de Reinosa. De todo ello deduzco que la poesía de Pedro J. es, como refiere José Agustín Goytisolo, el medio para cambiar el pulso, el ritmo de la historia, o lo que es lo mismo: escribir un poema es como recordar el futuro (Ernesto Mejía Sánchez).

Poesía para Pedro J. de la Peña es estar siempre en camino; sentir el curso de la vida, tanto en su orbe íntimo como en aquel en donde vive; esculpir recursos expresivos de vientre fecundado... Para el poeta reinosano poesía es, además de revelación, sensibilidad, emoción (Oscar Wong), oro de trigales soleados; oscuridad de una noche

que tiene alas violáceas; guerrero de paz que con señales se comunica con sus amigos y enemigos, incluso con individuos desconocidos; semilla de algodón; canto de corales y ruiseñores... En la poesía de “La zarza de Moisés”, reitero, la imagen es nítida y sus colores destacan ante la mirada del lector. Imágenes con textura, sorprendentes. Son signos de identidad y, al mismo tiempo, son un canto. Imágenes creadas con la mirada introspectiva y extravertida del autor. Ésas que nacieron gracias a los dones de la percepción sin límites y de la belleza cósmica, de la musicalidad contagiosa de emociones nuevas y del magnetismo imperecedero..., que posee el poeta en las raíces de su psique, veneros de bondad y entrega, de vitalidad y honradez..., que nacieron con el hombre-creador, pero no desaparecerán con él.

El título de la obra -“La zarza de Moisés- concuerda a la perfección con el contenido de la misma. La zarza ardiente de Moisés. Zarza o punto de encuentro. Ya sabemos que en cierta ocasión, Moisés llevó a su rebaño al monte Horeb y allí vio una zarza que ardía sin consumirse. Cuando se volvió a un lado para observar más de cerca aquella maravilla, Dios (o más exactamente un ángel de Dios) le habló desde la zarza, revelando su nombre (es decir su verdadero significado) a Moisés.

En la época del emperador Constantino, el monte Horeb fue identificado con el monte Sinaí, pero la mayoría de los expertos creen que se encontraba mucho más al norte.

Dios le dijo a Moisés que debía volver a Egipto y liberar a su pueblo de la esclavitud. Moisés obedeció y fue recibido por Aarón, su hermano mayor, y organizó una reunión para avisar a su pueblo de lo que debían hacer. Sin embargo lo más difícil fue persuadir al faraón para que dejase marchar a los hebreos. De hecho, éstos no obtuvieron el permiso para partir hasta que Dios envió diez plagas sobre los egipcios. Estas plagas (palabra mal empleada, pues en el hebreo bíblico se habla más bien de “señales”), culminaron con la matanza de los primogénitos egipcios, lo cual causó tal terror entre los egipcios que ordenaron a los hebreos que se fueran. (Éxodo III, 1-14).

El poema Introducción tiene el mismo título que la obra. Es, simplemente, un homenaje sencillo a la belleza: “Aquí tuve la fiebre. / Grandes selvas se extienden ante mí: / eran zarzas y ardían, / eran ardiente espino, pero no se quemaban. // (...) Hoy no creo en los templos triunfadores y firmes, / ni en el pulso arrogante o en la mirada altiva. // (...) No creáis nunca más en los altos principios. / Ésta es mi única ley: El sueño es libertad. / Arder en él, es vida”. // (pp. 11 y 12).

Con su obra “La zarza de Moisés”, el poeta Pedro J. de la Peña obtuvo el Premio “José Hierro” de Poesía. Nuestro poeta, que se presentó por primera vez a esta convocatoria, homenajea en su libro a la figura del escritor con un poema dedicado a su persona. “Es un libro, es un tributo, manifiesta el autor, a los grandes poetas de este país como Rafael Alberti, Antonio Machado... Cuando el jurado me comunicó su fallo fue una sorpresa gratificante”. De la Peña dedicó dicho galardón a su abuelo, Adolfo de la Peña, ex alcalde de Reinosa. El poeta cántabro también dedica en el libro un poema a José Hierro, del que fue fiel y cálido amigo y siempre su anfitrión cuando el gran poeta santanderino visitaba Valencia. Poema o pugna sagrada, ansia infinita de lo imposible, como dice Salvador Díaz Mirón. Dicha creación poética se titula “José Hierro respira con dificultad”: “Hablabas ya quebrado / desde una póstuma existencia / quién sabe si real o alucinada. / Y sin embargo seguía siendo / el ser más vivo que nunca conocí.//

(...). Ya convertido en un tártaro calvo, / en sus ojos lacerantes tras el color / violáceo de su piel, rindió su cuerpo / -que no su alma- a la respiración / entrecortada. Y dicen que murió. // Sabemos, por sus versos, que vive aún, / que no podrá morir nunca jamás, / que era una fuerza bruta y delicada, / una fuerza cantábrica y bravía / como el mar que él amó”. // (pp. 89 y 90).

“La zarza de Moisés” se divide en tres apartados claramente diferenciados. Los dos primeros llevan los siguientes títulos: “De zarzas interiores”, con una cita de Berceo, y “De amores locos”, con cita de José Martí. En ellos, el poeta escribe de temas actuales y de los de siempre. Entre los primeros se encuentra el poema “De género”: “Es cierto, la pegaba. / Pero ¡era tan bueno! // (...). Y no admitía réplicas de amigas. / Ni tampoco consejos oficiales. / ¡Que se vayan al diablo! // C’est mon homme! // (p. 49). De los poemas de siempre, transcribo parte del titulado “La tabla de Flandes”. Poesía la de Pedro J. que no es como un lente para ver a los demás, sino un espejo. (Lichtenberg). “... Pálido como el oro el rostro / del banquero envidia siempre / a otro prestamista de reyes / con mayores caudales que los suyos. // En el tablero de ajedrez se juega / esa partida: quién tiene más negro / el corazón. Más pálida la envidia”. // (p. 26). La tercera parte del libro tiene un sentido absolutamente unitario en cuanto a la temática, aunque el contenido de los poemas se desarrolle con procedimientos diferentes. Su título es “De clérigos y juglares”. Es en esta tercera parte del libro en la que se recogen los poemas dedicados a los poetas más admirados por el autor. Así, Pedro J. de la Peña, homenajea, además de a José Hierro, a Bécquer, a J.R. Jiménez, a F.G. Lorca, a Rubén Darío, a Luis Cernuda, a Luis Rosales, a R. Alberti, a Gil-Abert, y a Don Antonio Machado.

“La zarza de Moisés” es una obra de gran contenido visual en su lenguaje, sus palabras son fieles retratos del escenario de vida que el poeta Pedro J. de la Peña capta con su pluma, nos transfiere más allá de una época, de un estado de ánimo, de un espacio urbano. El poeta cántabro vuelve la página en lienzo, y a cada palabra le da un rostro, hasta que tantos rostros, sonrientes-impávidos-tristes- aquí-allá-ahora-risa-llanto y mirando hacia el lector, son la poesía. Poesía-herramienta, expresa Gabriel Celaya, a la vez que latido de lo unánime y ciego.

Pedro Jesús de la Peña (Reinosa, Cantabria, 1944), poeta y novelista, ensayista y crítico literario, historiador e investigador de la lengua y la literatura españolas..., es, además, doctor en Filología y licenciado en Ciencias de la Información. Desde 1982 es profesor titular de Literatura Española Contemporánea de la Universidad de Valencia, donde imparte asignaturas referentes a la literatura española de los siglos XVIII y XIX.

Es autor de varias novelas y libros de poemas, así como de trabajos académicos sobre literatura. Ha recibido distintos premios por su obra literaria. Como historiador de la literatura, ha trabajado particularmente la poesía de los siglos XIX y XX y la obra de diversos escritores valencianos en lengua castellana: Vicente Blasco Ibáñez, Miguel Hernández, Azorín, Juan Gil-Albert, entre otros. También ha estudiado la obra de José Hierro.

Constante viajero y frecuentemente invitado a congresos internacionales habla fluidamente los idiomas inglés, francés, italiano y portugués.

Su obra consta de los poemarios siguientes: “Teatro del sueño” (Rialp, 1980); “Ojo de pez” (Prometeo, 1981); “El soplo de los dioses” (Aguaclara, 1992);

“De(s)apariciones” (Ediciones Libertarias, 1994); “Corpus ecológico” (Fundación Kutxa de San Sebastián, 1998); “Los dioses derrotados” (Visor, 2000); “Los iconos perfectos” (Hiperión, 2002); “Antología poética del fuego” (Huerga & Fierro, 2002), entre otros.

En cuanto a narrativa, escribió las novelas: “Lobo Leal” (Prometeo, 1974); “Dublin Mosaikon” (Prometeo, 1977); “El vacío vacío” (Prometeo, 1979); “Los años del fuego” (Plaza y Janés, 1989); “Las dichosas selvas” (Juventud, 1992); “La rosa de los vientos” (Juventud, 1996); “Ayer las golondrinas” (Aguaclara, 1997); “Los primeros de Filipinas” (Algaida Editores, 2004)...

También publicó libros de ensayo y estudios académicos, tales como: “Individuo y colectividad -El caso de José Hierro-” (Universidad de Valencia 1978); “Juan Gil-Albert” (Júcar, 1982); “Las estéticas del siglo XIX” (Aguaclara, 1994); “El Maestro Rodrigo: un siglo de cultura” (Ayuntamiento de Valencia, 2001); “Un escritor, un pueblo: escritores valencianos en sus raíces terrenales” (Biblioteca Valenciana, 2006); “Suspiro del viento: el origen de la ortodoxia” (Fundació Jaume II el Just, 2006); etc.

Carlos Benítez Villodres

Málaga - España

<http://www.carlosbenitezvillodres.es>